

Por RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

PARECE olvidado ya el tambor, como si se hubiera ido rodando y metiendo ruido por las escaleras abajo que dan á la nada; pero surge de nuevo vestido de coraza dorada y con sus atarves que le dan algo de navío de los redobles.

Ultimamente, al ver á un destacamento del ejército norteamericano maniobrando por París, nos sorprendió ver un tambor mayor y un gran alarde de tamboriles. Creíamos que la música de esos ejércitos era especial, con aparatos cruzados, hasta ser de una raza especial ni trombones ni tambores.

El tambor vuelve, pues tiene algo del trueno, cuyo ruido se organiza de nuevo y siempre con originalidad y monotonía desde el principio del mundo. Trueno guerrero quiere decir que se acercan los relucimientos del acero y que se aproximan los rayos encartuchados.

Los que tocan el tambor se absorben en su papel como si provocasen un meteoro, persuadidos de que cada golpe que dan al parche se lo dan á la coronilla del terráqueo de modo trascendental.

Los tambores son lo más serio de la orquesta teatral, pues ellos hacen algo más que música; ellos terremotizan; ellos son la primera amenaza del pedrisco de las balas.

Plan - rataplán-plan.

Plum - rataplum-plum.

Plin - rataplín-plin.

Plon - rataplón-plon.

Los mismos tamborileros se emocionarian de su tocar, como si baticese en sus tambores con un son serio y solemne el ritmo colectivo de todo el ejército.

A corazón emocionado, á corazón antes de entrar en fuego suenan los tambores ratapla-

neantes, sofocados de sentimiento, con voz pastosa á la que se anda el riesgo.

Suenan desperdigados ahora en la ciudad navideña, como si la formación rota en todos lados sonase á la movilización urgente, una movilización en que se llama con insistencia hasta á los maniqués de sastrería, con cabeza ó sin cabeza.

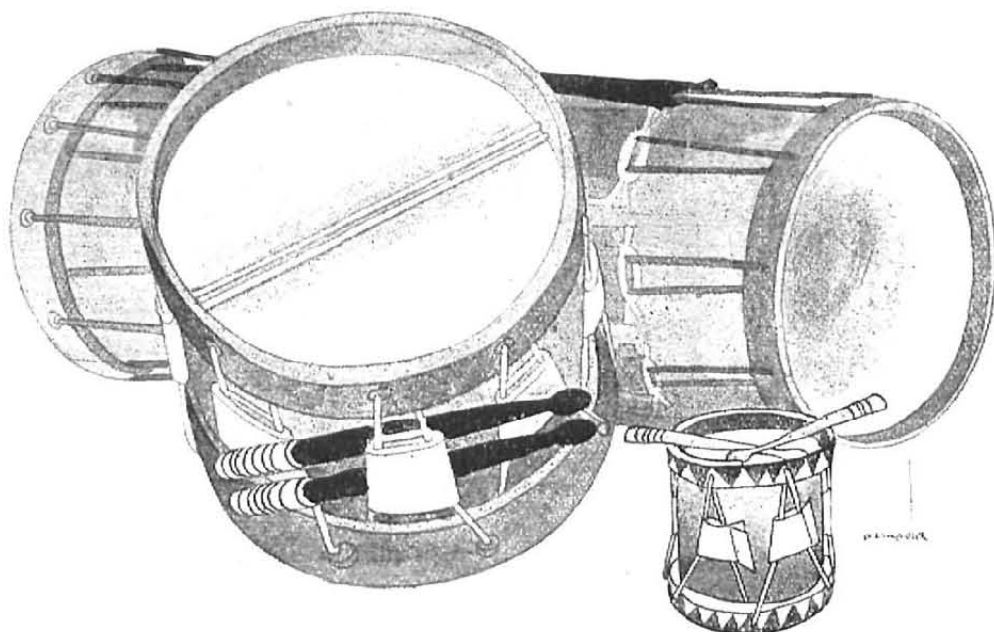
Un roto tambor suena en cada portal, en estrategia de «francos-tocadores», animando fuego de tambor en todas las esquinas, rompiendo el hielo del invierno cada rataplán frenético.

Alguna pandilla de chicos afines se congrega en plan de á dos en fondo, y con sólo eso el ritmo tiene un pequeño eco de los tercios antiguos, cuando el tambor era lo que animaba más al soldado y era de la Plaza Mayor ó de la Plaza de la Armería de donde salían los escuadrones.

En el porche vital sonarán siempre los palillos con su incervación viril, paladeando la amenaza sobre esa piel tensa en que queda voz de ultratumba, la voz doblemente sonora de la muerte curtid.

En esta afición repetida de los niños por los tambores no hay sólo un dejarse llevar por la costumbre, sino un verdadero deseco del instinto y una embriaguez ya de hambres que gallean en el tambor.

No se les culpe por eso si rompen el perche, hecho con telo de cordero lechal, pues el toque de tambor tiene que ser recio, creciente, sin miramientos, y ellos se encuentran indignos parches de papel de seda que imitan, que estiran cuerdas y clavijas.



ILUSTRACIONES

DE ALMADA